

V

**EN EL QUE PATRICIO SIGUE
ENCONTRANDO QUE ALGUNAS VECES
SU AMO ES POCO DISTINGUIDO.**

Al día siguiente a las ocho, no había aun nadie sobre cubierta. El estado de la mar no era, sin embargo, tan malo que obligase a los pasajeros a permanecer en sus camarotes. Apenas si el suave oleaje del Mediterráneo imprimía un débil balanceo al *Argelés* a la apacible noche iba a suceder un espléndido día. Si, pues, los pasajeros no habían abandonado el lecho al amanecer, era porque la pereza les retenía en él; los unos bajo el imperio del sueño; los otros, ya despiertos, abandonándose al vaivén, como un niño en su cuna.

Claro es que nos referimos a esos seres privilegiados que jamás están enfermos en la mar, ni aun en mal tiempo, y no a los desventurados que lo están siempre, aun con tiempo apacible. Entre los últimos hay que colocar a los Desirandelle y a gran número de otros que no recobrarán su aplomo moral y físico hasta que el paquebote ancle en el puerto.

La atmósfera muy clara y muy pura, y templada por los rayos solares que reverberaban en la superficie de las aguas. El *Argelés* caminaba, con una velocidad de diez millas por hora, por el cabo SSE., en dirección al Archipiélago de las Baleares. Algunos barcos pasaban al largo y a contrabordo, lanzando al viento el humo de sus chimeneas, o extendiendo su blanco velamen sobre el fondo algo brumoso del horizonte.

El capitán Bugarach iba y venía de un extremo del puente a otro por las necesidades del servicio.

En este momento Marcel Lornans y Juan Taconnat aparecieron a la entrada de la toldilla. El capitán se acercó a ellos y les estrechó las manos.

-¿Han pasado ustedes bien la noche, señores?

-Admirablemente, capitán- respondió Marcel Lornans-, y sería difícil imaginar otra mejor. No co-

nozco cuarto de fonda que valga lo que un camarote del *Argelés*.

-Soy de la opinión de usted, señor Lornans- respondió el capitán Bugarach-, y no comprendo que se pueda vivir más que a bordo de un navío.

-Vaya usted a decir eso al señor Desirandelle- indicó el joven-, y a ver si participa del placer de usted.

-Ni ese señor ni los que se le parecen son capaces de apreciar el encanto de una travesía- exclamó el capitán.- Son como baúles en la cala. Esos pasajeros constituyen la vergüenza de los paquebotes. En fin... como pagan su pasaje...

-¡Claro!- respondió Marcel Lornans.

Juan Taconnat, tan locuaz por costumbre, tan expansivo, se había contentado con estrechar la mano del capitán, y no había tomado parte en la conversación. Parecía preocupado.

Marcel Lornans preguntó al capitán:

-¿Cuándo estaremos a la vista de Mallorca?

-A eso de la una de la tarde. No tardaremos en ver las primeras alturas de las Baleares.

-¿Haremos escala en Palma?

-Hasta las ocho de la noche; el tiempo preciso para embarcar las mercancías con destino a Orán.

-¿Podremos visitar la isla?

-La isla, no; pero sí la ciudad de Palma, que vale la pena según se dice.

-¿Cómo según dice? ¿Es que usted no ha estado en Mallorca?

-Treinta o cuarenta veces.

-¿Y no la ha explorado usted?

-¿Y el tiempo, señor Lornans, y el tiempo? ¿Acaso le he tenido?

-Ni tiempo... ni gusto tal vez.

-Efectivamente, ni gusto... Me mareo en tierra.

Y el capitán Bugarach abandonó a su interlocutor para subir al puente.

Marcel Lornans se volvió a su primo y le dijo:

-Vamos, Juan; esta mañana estás mudo como un Harpócrates.

-Es que reflexiono, Marcel.

-¿En qué?

-En lo que te dije ayer.

-¿Qué me has dicho?

-Que teníamos una ocasión única para hacernos adoptar por ese ciudadano de Perpignan.

-¿Aun piensas en eso?

-Sí... y después de haber pensado toda la noche.

-¿Hablas en serio?

-Muy en serio... Él desea hijos adoptivos... Que nos tome... ¡No encontrará otros mejores!

-¡Eres tan modesto como fantaseador, Juan!

-Mira, Marcel; ser soldado es muy hermoso. Alistarse en los cazadores de África es muy honroso. Sin embargo, temo que el oficio de las armas no sea lo que era en otra época. Antes había una guerra cada tres o cuatro años. Significaba esto el ascenso seguro, grados, cruces... Pero la guerra, una guerra europea se entiende, se ha hecho casi imposible con el enorme contingente que representan millones de hombres a quienes armar, conducir, alimentar, etc. Nuestros oficiales no tienen más porvenir que retirarse capitanes, la mayor parte al menos. La carrera militar, aun con suerte, no dará ya lo que daba hace treinta años. Las grandes guerras han sido reemplazadas con las grandes maniobras. Desde el punto de vista social esto es un progreso, pero...

-Juan- dijo Marcel Lornans.- Era preciso haber pensado así antes de ponerse en camino para Argel.

-Entendámonos, Marcel. Yo estoy siempre dispuesto, como tú, a alistarme. Sin embargo, si la fortuna se decidiese a abrir sus manos a nuestro paso...

-¡Estás loco!

-¡Diablo!

-Tú ves ya en el señor Dardentor...

-¡Un padre!

-Olvidas, pues, que para adoptarte sería preciso que te hubiera prestado sus cuidados durante seis años de tu menor edad. ¿Lo ha hecho?

-No, que yo sepa, o, en todo caso-, yo no le he notado.

-Veo que recobras el juicio, querido Juan, puesto que te lamentas de ello.

-Me lamento y no me lamento.

-¿Acaso habrás salvado a ese hombre de las olas, de las llamas o en un combate?

-No..., pero le salvaré, o, mejor dicho, le salvaremos.

-¿Cómo?

-No lo sospecho.

-¿Será en la tierra, en la mar o en el espacio?

-Según como se presente la ocasión, y no es imposible que se presente.

-¿Cuando tú quieras hacerla nacer?

-¿Por qué no? Estamos a bordo del *Argelés*, y suponiendo que el señor Dardentor caiga al mar...

-No tendrás la intención de arrojarle...

-En fin..., admitamos que cae. Tú o yo nos precipitamos en su auxilio, como un heroico terranova;

éste le salva, y el dicho terranova se convierte en un perro..., digo, en un hijo adoptivo.

-Habla por tí, que sabes nadar, Juan. Yo no sé; y si no tengo más que esa ocasión de hacerme adoptar por ese digno señor...

-Comprendido, Marcel... Yo opero en la mar y tú en la tierra... Pero convengamos en ello; si tú llegas a ser Marcel Dardentor, no sentiré envidia; y si soy yo quien obtiene ese nombre magnífico..., al menos que ambos...

-No quiero responderte, mi pobre Juan.

-Y yo te dispenso a condición que me dejes realizar mis planes...

-Lo que me inquieta es que tú hagas desfilar ese montón de locuras con una gravedad que no está en tus costumbres.

-Porque la cosa es muy grave. Por lo demás, tranquilízate; tomará el negocio por su lado alegre, y si no obtengo resultados, no me saltaré la tapa de los sesos.

-Pero ¿los tienes aun?

-Aun quedan algunos gramos.

-Te repito que estás loco.

-¡Diablo!...

Continuaron en esta conversación, a la que Marcel Lornans no quería dar importancia alguna, y mientras fumaban, recorrieron la toldilla de proa a popa.

Al aproximarse a la baranda del barco vieron al criado de Clovis Dardentor inmóvil junto a la chupeta de la máquina y vestido con su librea de viaje, de irreprochable corrección.

¿Qué hacía allí y qué esperaba, sin demostrar impaciencia alguna? Esperaba que su amo despertase. El criado del señor Dardentor era tan original como su amo. Pero entre ambos, ¡qué diferencia de temperamento y de carácter!

Patricio- aunque no fuese de origen irlandés, se llamaba así, y merecía el nombre que viene de los patricios, de la antigua Roma- era un hombre de unos cuarenta años. Sus maneras distinguidas contrastaban con las del de Perpignan, al que tenía a la vez la buena y mala suerte de servir. Las facciones de su rostro, siempre afeitado; su frente un poco inclinada hacia atrás; su mirada llena de cierto orgullo; su boca, cuyos labios medio cerrados dejaban ver hermosos dientes; su cabellera rubia, cuidadosamente peinada; su reposada voz, su noble aspecto, permitían colocarle en ese tipo, cuya cabeza, según

los frenólogos, forma «un circuito alargado» Tenía el aire de un miembro de la Alta Cámara de Inglaterra. Desde hacía quince años ocupaba aquella plaza, que algunas veces tuvo deseos de dejar. A la inversa, Clovis Dardentor había tenido, no menos frecuentemente, la idea de ponerle en la calle; pero la verdad era que, no obstante la diferencia de su naturaleza, ninguno de ellos podía pasarse sin el otro. Lo que encadenaba a Patricio a su amo no eran los gajes, con ser éstos de importancia, sino la seguridad de que Dardentor tenía en él una confianza absoluta, y en realidad merecida. Pero ¡qué herido en su amor propio se sentía Patricio viendo la familiaridad, la locuacidad, la exuberancia del meridional! A sus ojos, al señor Dardentor le faltaba distinción. No demostraba la dignidad que su situación social le imponía. El antiguo tonelero aparecía en su manera de saludar, de presentarse, de expresarse. Le faltaban buenas formas; y ¿cómo hubiera podido adquirirlas fabricando y rodando millares de toneles por sus almacenes? ¡No! No podía ser, y Patricio no se ocultaba para decirlo.

Algunas veces, Clovis Dardentor, que, como se habrá notado, tenía la manía de «hacer frases»,

aceptaba de buen talante las observaciones de su criado.

Reíase de ellas y se burlaba de aquel «mentor con librea», gozándose en excitarle con sus respuestas. Algunas veces también, en días de mal humor, se incomodaba; enviaba a paseo al maldito consejero, y le daba como tiempo para que se marchase la tradicional semana, cuyo fin no llegaba nunca.

En el fondo, si Patricio estaba disgustado por servir a un amo tan poco *gentleman*, Clovis Dardentor estaba orgulloso de tan distinguido criado.

El día de que se habla, Patricio no tenía grandes motivos de satisfacción. Sabía por el jefe del comedor que durante la comida de la víspera, el señor Clovis Dardentor se había abandonado a censurables intemperancias de lenguaje, que había hablado sin juicio, produciendo en los convidados una pobre idea de un natural de los Pirineos orientales. No; Patricio no estaba contento, y no podía ocultarlo. Por esto desde muy temprano, antes de ser llamado, se había permitido golpear a la puerta del camarote núm. 13.

Al primer golpe, sin respuesta, sucedió un segundo más acentuado.

-¿ Quién es? - gruñó una voz somnolienta.

-Patricio.

-¡Voto al diablo!

Sin ir donde se le enviaba, Patricio se retiró en seguida, muy molesto por aquella respuesta poco parlamentaria, a la que, no obstante, debía de estar acostumbrado.

-¡Nada haré nunca de semejante hombre!- murmuró, obedeciendo.

Y siempre digno, siempre noble, siempre «lord inglés», volvió al puente, a fin de esperar pacientemente la aparición de su amo.

Duró la espera una hora larga, pues el señor Dardentor no sentía prisa por abandonar el lecho. Al fin oyóse el ruido de la puerta del camarote, y después se abrió la de la toldilla para dar paso al principal personaje de esta historia.

En aquel momento, Juan Taconnat y Marcel Lornans, que estaban apoyados en la barandilla, le vieron.

-¡Calle!... ¡Nuestro padre!- dijo el primero.

Al oír este prematuro calificativo, Marcel Lornans soltó la carcajada.

Entretanto, con paso medurado, aspecto severo y rostro con expresión desaprobadora, Patricio, bas-

tante mal dispuesto a recibir las órdenes de su amo, avanzó hacia éste.

-¡Ah!.. ¿Eres tú, Patricio?... ¿Has sido tú el que ha venido a despertarme en lo mejor de mi sueño?

-El señor convendrá que mi deber...

-Tu deber era esperar a que yo llamase.

-El señor se cree sin duda en Perpignan, en su casa de la plaza de la Loge.

-Yo me creo donde estoy- replicó el señor Dardentor-; y si hubiera tenido necesidad de ti, te hubiera mandado a buscar, especie de despertador mal montado...

El rostro de Patricio se contrajo ligeramente, y respondió con gravedad:

-Prefiero no oír al señor cuando el señor expresa su pensamiento en tales términos. Además, haré observar al señor que la gorra con que el señor se ha cubierto no me parece de lo más propio para un viajero de primera.

En efecto, la gorra que echada atrás llevaba Dardentor era poco elegante.

-¿De modo que no te gusta mi gorra?

-No más que la blusa que el señor se ha puesto, bajo pretexto de ser preciso tener el aire marino cuando, se navega.

-¡Verdaderamente!

-Si el señor me hubiera recibido, hubiera impedido al señor que se vistiera de ese modo.

- ¿Lo hubieras impedido, Patricio?

-Tengo la costumbre de no ocultar mi opinión al señor, aun cuando esto le contraríe, y es lo que hago en Perpignan en casa del señor, y es natural que lo haga a bordo de este paquebote.

-¿Cuándo concluirá usted, señor Patricio?

-Aunque esta fórmula sea de una perfecta cortesía, debo confesar que no he dicho todo lo que tengo que decir, y lo primero es que el señor debió ayer, durante la comida, observarse más que lo hizo.

-¿Observarme... sobre la comida?

-Y sobre las libaciones, que fueron más allá de lo justo. En fin, según lo que me ha referido el jefe del comedor, un hombre muy correcto...

-¿Y qué le ha contado a usted ese hombre tan correcto?- preguntó Clovis Dardentor, que ya no tuteaba a su criado, indicio de que su mal humor llegaba a lo último.

-Que el señor había hablado..., hablado, y de cosas que vale más callar, en mi opinión, cuando no se conoce a las personas delante de las que se habla.

Esto es no solamente cuestión de prudencia, sino de dignidad...

-¡Señor Patricio!...

-¿Me llama el señor?...

-¿Ha ido usted donde le he enviado esta mañana cuando llamó a la puerta de mi camarote de manera tan intempestiva?

-No recuerdo.

-Yo le refrescaré la memoria. Le he enviado a usted al diablo, y con todos los miramientos debidos, me prometo enviarle a usted al diablo por segunda vez, y esté usted allí hasta que yo le llame.

Entornó Patricio los ojos y apretó los labios. Después se dirigió a proa en el momento en que el señor Desirandelle salía de la toldilla.

-¡Ah, excelente amigo!- exclamó Clovis Dardentor al verle.

El señor Desirandelle se había atrevido a salir al puente a fin de respirar un oxígeno más puro que el de los camarotes.

-Y bien- añadió Dardentor-, ¿cómo va desde ayer?

-Mal...

-¡Animo, amigo, ánimo! Tiene usted la cara más blanca que una sábana, los ojos vidriosos, los labios

pálidos...; pero esto no es nada, y esta travesía se acabará...

-¡Mal, Dardentor!

-¡Qué pesimista está usted! Vamos: *sursum corda*, como se canta en las fiestas en que repican gordo.

¡Realmente, la cita era oportuna tratándose de un hombre mareado!

-Por lo demás- añadió Dardentor-, dentro de una hora podrá usted poner el pie en tierra firme. El *Argelés* anclará en Palma.

-¡Donde no permanecerá más que medio día!- suspiró el señor Desirandelle-, y llegada la noche será preciso volver a embarcar en este abominable columpio ¡Ah! ¡Si no se tratase del porvenir de Agatocles!

-Claro es, Desirandelle, y eso merece esta ligera molestia. ¡Ah! Mi viejo amigo, me parece ver allá abajo aquella encantadora joven, con la lámpara en la mano, como Hero esperando a Leandro, a Agatocles quiero decir, en la ribera argelina. Y aun resulta mala la comparación, porque, según dice la leyenda, el desdichado Leandro se ahogó en el camino. ¿Almorzará usted hoy con nosotros?

-¡Oh, Dardentor! En el estado en que me encuentro...

-¡Es lástima, mucha! La comida de ayer ha sido muy alegre, y el *menu* de primera. ¡Los manjares eran dignos de los comensales! ¡El doctor Bruno es una excelente personal!... Y esos dos jóvenes, ¡qué simpáticos compañeros de viaje! ¡Y de qué manera se ha portado ese asombroso Agatocles! ¡Si no ha abierto la boca para hablar, por lo menos la ha abierto para comer!...¡Se ha llenado hasta la barba!

-¡Ha hecho bien!

-Ciertamente. ¡Ah! ¿No veremos esta mañana a la señora de Desirandelle?

-No lo creo...; ni esta mañana... ni más tarde...

-¿Cómo? ¿Ni en Palma?

-La es imposible levantarse.

-¡Querida señora! ¡Cómo la compadezco! ¡Y cómo la admiro! ¡Todo lo sufre por Agatocles! ¡Tiene verdaderamente entrañas de madre... y un corazón! Pero no hablemos ahora de su corazón... ¿Sube usted a la toldilla?

-No. No podría, señor Dardentor. ¡Prefiero permanecer en el salón! ¡Es más seguro! ¡Ah! ¡Cuándo se construirán barcos que no dancen, y por qué obstinarse en hacer navegar en tales máquinas!

-Es cierto, señor Desirandelle, que en tierra los barcos se burlarían del balanceo. Pero aun no estamos en esa época. ¡Ya llegaremos, ya llegaremos!

En espera de la realización de este progreso, el señor Desirandelle tuvo que resignarse a tenderse sobre uno de los canapés del salón, que no debía abandonar hasta la llegada a las Baleares.

Clovis Dardentor le estrechó la mano, y subió por la escalera de la toldilla con el aplomo de un viejo lobo de mar, la gorra echada atrás, el rostro alegre, y la blusa desplegada al viento como un pabellón.

Los dos primos se reunieron a él. Cambiáronse saludos de simpatía y preguntas sobre la salud recíproca. ¿Había Clovis Dardentor dormido bien después de las horas pasadas a la mesa? Perfectamente; con sueño no interrumpido y reparador: ¡lo que se llama tapiar los dos ojos!

¡Oh!. ¡Si Patricio hubiera oído tales palabras en boca de su amo!

Y aquellos señores, ¿habían descansado

-Como un par de leños- respondió Juan Taconnat, que deseaba mantenerse al diapasón de Clovis.

Por fortuna Patricio no estaba allí. Conversaba en elegante forma con su nuevo amigo, el jefe del

comedor. Verdaderamente, no hubiera formado buena idea de aquel joven parisiense que se expresaba en tan vulgares términos.

Siguió la conversación en familiar abandono. El señor Clovis Dardentor se felicitaba por haber entablado relaciones con los dos jóvenes. Y para éstos, ¡qué fortuna haber conocido a un compañero de viaje tan simpático como Clovis Dardentor! ¿Se volverían a ver en Orán? ¿Aquellos señores pensaban prolongar su estancia en aquel punto?

-Sin duda- respondió Marcel Lornans- pues nuestra intención es incorporarnos...

-¿Incorporarse al teatro?

-No, señor Dardentor, al 7º de cazadores de África.

-Hermoso regimiento, señores, y ustedes sabrán abrirse camino. De forma, ¿que es cosa resuelta?

- A menos- continuó Juan- que sobrevengan ciertas circunstancias.

-Señores- respondió Clovis Dardentor.- Tengo la seguridad de que honrarán ustedes la carrera a que se dediquen, cualquiera que esta sea.

¡Ah, si hubiera llegado esta frase a oídos de Patricio! Pero éste, en compañía del jefe del comedor,

había bajado a la cocina, donde humeaba el café con leche en las vastas tazas de a bordo.

En fin, lo cierto era que los señores Clovis Dardentor, Juan Taconnat y Marcel Lornans habían tenido un gran placer al encontrarse, y esperaban que el desembarco en Orán no sería causa de una brusca separación, como frecuentemente sucede entre compañeros de viaje.

-Y- dijo Clovis Dardentor- si no tienen ustedes inconveniente, nos alojaremos en el mismo hotel.

-Ninguno- se apresuró a responder Juan Taconnat,- y eso presenta ventajas indiscutibles.

-Pues queda convenido.

Nuevo cambio de apretones de manos, en los que Juan Taconnat encontraba algo de paternal y filial.

-Si por feliz casualidad- pensaba- se declarase un incendio en el hotel, ¡qué ocasión para salvar de las llamas a este excelente hombre!

A las once fueron señalados los contornos lejanos del Archipiélago de las Baleares en el SE. Antes de las tres, el paquebote estaría a la vista de Mallorca. Sobre aquella mar favorable no sufriría retraso alguno, y llegaría a Palma con la exactitud de un expreso.

Los pasajeros que habían asistido a la comida de la víspera bajaron al comedor.

La primera persona a quien vieron fue al señor Eustache Oriental, siempre sentado a un extremo de la mesa.

¿Quién era aquel personaje tan obstinado, tan poco sociable, aquel cronómetro de carne y hueso, cuyas agujas no señalaban más hora que la de la comida?

-¿Es que ha pasado la noche en este sitio?- preguntó Marcel Lornans.

-Probablemente- respondió Juan Taconnat.

-Se le habrá olvidado destornillar su tuerca- añadió Clovis Dardentor.

El capitán Bugarach, que esperaba a sus pasajeros, les saludó afectuosamente, formulando la esperanza de que el almuerzo merecería todos sus elogios. Después el doctor Bruno saludó a todos. Tenía un hambre de lobo, de lobo marino, se entiende, tres veces al día. Se informó particularmente de la extravagante salud del señor Clovis Dardentor.

Clovis Dardentor gozaba de mejor salud que nunca, cosa que lamentaba por el doctor, del que sin duda no utilizaría los primeros preciosos servicios.

-Nada se puede asegurar en ese punto, señor Dardentor- respondió el doctor Bruno.- Muchos hombres tan sólidos como usted, después de resistir una travesía, han caído a la vista del puerto.

-Vamos, doctor. Eso es lo mismo que si aconsejara usted a un marsuino que tuviera cuidado con el mareo.

-He visto marsuinos que le padecían- respondió el doctor- cuando se les sacaba del agua a la punta de un arpón.

Agatocles ocupó su sitio de la víspera. Tres o cuatro pasajeros nuevos se sentaron a la mesa. ¿Hizo tal vez un gesto de desagrado el capitán Bugarach? Aquellos estómagos a dieta desde el día anterior debían de tener un hambre horrible. ¡Qué brecha en el *menu*, del almuerzo!

Durante éste, y a despecho de las observaciones de Patricio, el gasto de la conversación le hizo Dardentor. Pero esta vez habló menos de su pasado y más de su porvenir, y por porvenir entendía su estancia en Orán. Contaba con visitar toda la provincia, tal vez toda la Argelia, tal vez aventurarse hasta el Desierto. ¿Por qué no? A este fin preguntó si había árabes en Argel.

-Algunos- respondió Marcel Lornans.- Se les conserva por el color local.

-Más de media docena- añadió Juan Taconnat-; y aún conservan la piel de carnero y argollas en las piernas.

-No se fíen ustedes, señores- creyó deber afirmar el capitán Bugarach.

Se comió bien, se bebió mejor. Los nuevos pasajeros se atracaron. Parecían toneles de las Danaides. ¡Ah! ¡Si el señor Desirandelle hubiera estado allí!... Pero más valía que no, pues varias veces los vasos chocaron contra los cubiertos y los platos se agitaron sobre la mesa.

Ya era el mediodía cuando, después de consumido el café y los licores, los pasajeros se levantaron, abandonando el comedor para refugiarse bajo el toldo de la cubierta.

Sólo el señor Oriental permaneció en su sitio, lo que hizo que el señor Clovis Dardentor preguntase quién era aquel pasajero tan puntual a la hora de las comidas y tan deseoso de no intimar con nadie.

-Lo ignoro- respondió el capitán Bugarach-; y no sé más que se llama el señor Eustache Oriental.

-¿Dónde va? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su profesión?

-Creo que no lo sabe nadie.

Patricio se acercaba para ofrecer sus servicios si eran necesarios. Como oyera la serie de preguntas hechas por su amo, creyó poder permitirse decir:

-Si el señor me autoriza para ello, yo puedo darle algunas noticias.

-¿Le conoces?

-No; pero he sabido por el jefe del comedor lo que éste ha sabido por el recadero del hotel en Cete.

-Di en tres palabras lo que sepas.

-Presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar- respondió Patricio secamente.

El señor Eustache Oriental era, pues, un astrónomo. Esto explicaba el antejo de larga vista que llevaba en banderola, y del que se servía para interrogar los diversos puntos de vista del horizonte o cuando se decidía a aparecer sobre cubierta. Parecía poco dispuesto a intimar con nadie.

-¡Su astronomía le absorbe!- se contentó con responder Clovis Dardentor.

A la una, Mallorca mostró las variadas ondulaciones de su litoral y las pintorescas alturas que la dominan.

El *Argelés* modificó su dirección a fin de rodear la isla, y con el abrigo de la tierra encontró la mar más en calma, lo que hizo que gran número de pasajeros abandonaran sus camarotes.

-El paquebote dobló en seguida el peligroso arrecife de la Dragonera, sobre que se yergue un faro, y entró en el estrecho paso de Friou, entre rocas abruptas. Después, dejando a babor el cabo Calanguera, el *Argelés* evolucionó a la entrada de la bahía de Palma, y fue a amarrar al muelle, donde se agolpaba una multitud de curiosos.

VI

**EN EL QUE LOS MÚLTIPLES
INCIDENTES DE ESTA HISTORIA
CONTINÚAN EN LA CIUDAD DE PALMA.**

Si hay un sitio que se pueda conocer a fondo sin haberle visitado jamás, es el magnífico archipiélago de las Baleares. Seguramente merece atraer a los turistas, que no sentirán haber pasado de una isla a la otra, aunque las azules olas del Mediterráneo estuvieran blancas de furor. Después de Mallorca, Menorca; después de Menorca, el salvaje islote de Cabrera, el islote de las Cabras. Y después de las Baleares, que forman el grupo principal, Ibiza, Formentera, Conigliera, con sus espesos bosques de pinos.

¡Sí! Si lo que se ha hecho para este oasis del Mediterráneo se hubiera hecho con cualquiera otro país de los dos continentes, sería inútil que uno abandonara su casa y se pusiera en viaje para ir a admirar con los propios ojos las maravillas naturales recomendadas a los viajeros. Bastaría encerrarse en una biblioteca, a condición de que esta biblioteca poseyera la obra de Su Alteza el Archiduque Luis Salvador de Austria sobre las Baleares, y leer un texto tan completo y tan preciso, mirando los grabados en colores, las vistas, los dibujos, los croquis, los planos, los mapas, que hacen de esta publicación una obra sin rival.

Es, en efecto, un trabajo incomparable por la belleza de la ejecución, por su valor geográfico, étnico, estadístico, artístico... Por desgracia esa obra maestra de librería no está en el comercio.

Así es que Clovis Dardentor no la conocía, ni Marcel Lornans, ni Juan Tacconnat. Sin embargo, puesto que, gracias a la escala del *Argelés*, habían desembarcado en la principal isla del archipiélago, por lo menos iban a presentarse en su capital, - penetrando en el corazón de aquella ciudad encantador, y fijar sus recuerdos en sus notas. Y probablemente después de saludar en el fondo del puerto

el yate *Nixe* del Archiduque Luis Salvador, sentirían el deseo de fijar su residencia en la admirable isla.

Así que el paquebote amarró en el puerto artificial de Palma, gran número de pasajeros desembarcó. Los unos, aún conmovidos por la agitación de aquella travesía, tan tranquila no obstante- principalmente las señoras-, no veían allí más que la satisfacción de sentir bajo sus pies la tierra firme durante algunas horas. Los otros contaban aprovechar la escala visitando la capital de la isla y sus alrededores, si el tiempo lo permitía, desde las dos hasta las ocho de la noche, pues, el *Argelés* debía hacerse a la mar al caer la noche, y para comodidad de los excursionistas la comida se había retrasado hasta después de la marcha.

Entre los últimos no extrañará que se contasen el señor Clovis Dardentor, Marcel Lornans y Juan Taconnat. Desembarcaron igualmente el señor Eustache Oriental con su anteojo, los señores Desirandelle, padre e hijo, dejando a la señora de Desirandelle en su camarote, donde dormía un sueño reparador.

-¡Buena idea, mi excelente amigo! dijo Clovis Dardentor al señor Desirandelle.- ¡Algunas horas en Palma sentarán bien a su máquina, algo estropeada! ¡Qué ocasión para desentumecernos, vagan-

do por la ciudad *pedibus cumjambis!*... ¿Es usted de los nuestros?

- Gracias, Dardentor- respondió el señor Desirandelle, cuyo semblante comenzaba a recobrar el color.- Me sería imposible seguir a ustedes, y prefiero instalarme en un café, donde les esperaré.

Y esto fue lo que hizo, mientras Agatocles iba a gandulear por la izquierda y el señor Oriental por la derecha. No parecía que ni uno ni otro estuvieron poseídos de la manía del turismo.

Patricio, que había abandonado el paquebote siguiendo a su amo, se acercó a pedirle órdenes con voz grave:

-¿Acompaño al señor?

-Por de contado. ¡Es posible que encuentre algún objeto de mi gusto, un *bibelot* del país, y no tengo la intención de llevarle a cuestas!

Efectivamente; no hay turista que, vagando por las calles de Palma, no encuentre algún *bibelot* de origen mallorquín, uno de esos cacharros que sostienen la comparación con la porcelana de China, una de esas mayólicas, llamadas así por el nombre de la isla muy afamada por esta fabricación.

-Si usted lo permite- dijo Juan Taconnat- pasearemos juntos.

-¡Cómo, señor Taconnat! Precisamente iba yo a suplicar a ustedes que aceptasen mi compañía durante este breve tiempo.

Patricio encontró la respuesta conveniente, y la aprobó con un ligero movimiento de cabeza. No dudaba que su amo ganaría mucho con el trato de los dos parisienses, que, en su opinión, debían de pertenecer a la más distinguida sociedad.

Mientras Clovis Dardentor y Juan Taconnat cambiaban aquellas palabras de cortesía, Marcel Lornans sonreía, adivinando el objeto que tenían por parte de su amigo.

-Pues bien... ¡sí!- le decía éste aparte.- ¿Por qué no ha de presentarse la ocasión que deseo?

-¡Sí... Sí! ¡La ocasión, Juan!... La famosa ocasión exigida por el Código..., el combate..., el fuego..., las olas...

- ¿Quién sabe?

No había que temer que durante el paseo por las calles de la ciudad el señor Dardentor fuese arrastrado por las olas, ni envuelto por las llamas, ni atacado por nadie; por desgracia para Juan Taconnat, no había ni animales feroces, ni malhechores de ninguna especie en las afortunadas islas Baleares.

Y como no había tiempo que perder, preciso era aprovechar las horas de escala del paquebote.

Al entrar el *Argelés* en la bahía de Palma, los pasajeros pudieron notar tres edificios que dominan pintorescamente las casas del puerto. Eran la catedral, un palacio que está al lado, y a la izquierda, cerca del muelle, una construcción de soberbio aspecto, cuyas torrecillas se reflejan en el agua. Destacábanse sobre el muro los campanarios de las iglesias y grandes aspas de molinos movidas por la brisa.

Lo mejor cuando no se conoce un país es consultar la Guía de los viajeros, y si no se tiene este librito, tomar un guía.

Esto último fue lo que hicieron el señor Dardentor y sus compañeros. Era el tal guía mozo de unos treinta años, de elevada estatura y rostro dulce. Una especie de capa obscura sujeta a la espalda, un pantalón bombacho y un sencillo pañuelo rojo a la cabeza constituían su traje.

Por algunos duros se convino entre Dardentor y el mallorquín en que recorrerían a pie la ciudad, y visitarían los principales edificios, completando la exploración con un paseo en Carruaje por los alrededores.

Lo que sedujo principalmente a Dardentor fue que el guía hablaba el francés de un modo inteligible, con el acento propio del Mediodía de Francia, que distingue a los naturales de los alrededores de Montpellier. Y como se sabe, entre Montpellier y Perpignan la distancia no es grande.

Tenemos, pues, a nuestros tres turistas en camino, escuchando las indicaciones de un guía-cicerone, que empleaba frases tan pomposas como descriptivas.

El archipiélago de las Baleares vale que se conozca su historia, tan magistralmente contada por la voz de sus monumentos y de sus leyendas.

Lo que se ve ahora, no indica nada de lo que fue en otra época. Muy floreciente hasta el siglo XVI, si no desde el punto de vista industrial, a lo menos desde el punto de vista comercial, su admirable situación, la facilidad de las comunicaciones marítimas con los tres grandes países de Europa, Francia, Italia y España, y su vecindad al litoral africano, le valieron ser un punto de escala para toda la marina mercante.

Bajo la dominación del rey Jaime I el Conquistador, de tan venerada memoria, llegó a su apogeo, merced al genio de sus audaces armadores, que

contaban entre ellos los más distinguidos miembros de la nobleza mallorquina.

Hoy el comercio está reducido a la exportación de los productos del suelo: aceite, almendras, alcázaros, limones, legumbres. Su industria se limita a la cría de puercos, que son expedidos a Barcelona. La cosecha de las naranjas, menos abundante de lo que se cree, no justifica el nombre de «Jardín de las Hespérides» que aún se atribuye a las islas Baleares.

Pero lo que este archipiélago no ha perdido, lo que no puede perder Mallorca, la isla más extensa del grupo, de una superficie de tres mil cuatrocientos kilómetros cuadrados para una población que pasa de doscientos mil habitantes, es su clima encantador, de infinita dulzura; su atmósfera limpia, sana, vivificante; sus maravillas naturales; el esplendor de sus paisajes; el luminoso color de su cielo, que justifican otro de sus nombres mitológicos: el de la «Isla del buen genio»

Rodeando el puerto para dirigirse al monumento que atrajo desde luego la atención de los viajeros, el guía cumplió a conciencia su oficio de cicerone, un verdadero fonógrafo de rotación continua, que repetía por centésima vez las frases de su repertorio. Refirió que la fundación de Palma, un siglo antes de

la era cristiana, databa de la época en que los romanos ocupaban la isla, después de habérsela disputado por largo tiempo a los habitantes, ya célebres por su habilidad en manejar la honda.

Clovis Dardentor admitió que el nombre de Baleares fuese debido a ese ejercicio en que tanta fama adquirió David, y hasta que el pan de cada día no se daba a los niños sino después de haber hecho blanco con su honda. Pero cuando el guía afirmó que las balas lanzadas por aquel primitivo aparato de proyección se fundían al atravesar el aire- tanta era su velocidad-, dirigió una mirada significativa a los dos jóvenes.

-¡Ah!... ¿Es que este insular se burla de nosotros?- murmuró.

-¡Oh! ¡En el Mediodía!... añadió Marcel Lornans.

Sin embargo, aceptaron como auténtico este pasaje de historia: que el cartaginés Amílcar hizo escala en la isla de Mallorca, durante su travesía de África a Cataluña, y que allí vino al mundo su hijo, conocido generalmente con el nombre de Aníbal.

En cuanto a dar por cierto que la familia Bonaparte fue originaria de la isla de Mallorca, y que en ella residía desde el siglo XV, Clovis Dardentor lo

rehusó obstinadamente. ¡Córcega, sí!... Las Baleares, jamás!

Palma fue el teatro de numerosos combates; primero, cuando se defendía contra los soldados del rey D. Jaime; después, cuando los campesinos propietarios se levantaron contra la nobleza, que les abrumaba con impuestos, y, en fin, cuando tuvo que resistir a los corsarios berberiscos. Pero aquellos tiempos habían pasado. La ciudad gozaba al presente de una calma que debía de quitar a Juan Taconnat toda esperanza de intervenir en una agresión dirigida contra su futuro padre adoptante.

El guía, remontándose a principios del siglo XV, refirió que el torrente de la Reina, en una crecida extraordinaria, había causado la muerte de mil seiscientos treinta y ocho personas. De aquí esta pregunta de Juan Taconnat.

-¿Dónde está ese torrente?

-Atraviesa la ciudad.

-¿Le encontraremos?

-Sin duda.

-Y..., ¿tiene mucha agua?

-No más que para ahogar un ratón.

-¡Eso no me sirve!- dijo el pobre joven al oído de su primo.

Mientras hablaban, los tres turistas tomaban una idea de la ciudad baja siguiendo los muelles, o más bien las terrazas que soportan la muralla a lo largo de la mar.

Algunas casas presentaban las fantásticas disposiciones de la arquitectura morisca, lo que depende de que los árabes han habitado la isla durante un período de cuatrocientos años. Las entreabiertas puertas dejaban ver corredores centrales, patios rodeados de ligeras columnas, el pozo tradicional con su elegante armadura de hierro, la escalera de caprichoso giro, el peristilo adornado de plantas trepadoras en plena floración, las ventanas con bastidores de piedra de una esbeltez incomparable, algunas con miradores a la española.

Clovis Dardentor y sus compañeros llegaron ante un edificio flanqueado por tres torres octogonales, que aportaba la nota gótica en medio de los primeros ensayos del Renacimiento.

-¿Qué construcción es ésta?- preguntó el señor Dardentor.

Según Patricio, pudo emplear una palabra más *fi-
na*.

Era «la Fonda», la antigua Bolsa; un magnífico monumento de soberbias ventanas almenadas, cuya

cornisa artísticamente cortada y finas molduras hacían honor a los adornistas de aquel tiempo.

-Entremos- dijo Marcel Lornans, al que le interesaban las curiosidades arqueológicas.

Entraron franqueando una arcada que un sólido pilar partía por medio. En el interior había un espacioso salón, capaz para contener mil personas, la bóveda del cual estaba sostenida por columnas en espiral. No faltaba allí más que el movimiento del comercio, el tumulto de los mercaderes que llenaban aquel sitio en épocas más prósperas.

Esto es lo que hizo observar Clovis Dardentor. Hubiera querido transportar aquel edificio a su ciudad natal, y él sólo le hubiera vuelto su animación de otra época.

No hay que decir que Patricio admiraba aquellas hermosas cosas con la flema de un viajero inglés, produciendo en el guía la impresión de un *gentleman* discreto y reservado.

A Juan Taconnat, la charla del cicerone no producía más que mediano interés, no porque el joven fuera insensible a los encantos del gran arte de la arquitectura, sino porque estaba bajo la obsesión de una idea fija, y se lamentaba de «no tener nada que hacer en aquel edificio».

Después de una breve visita, el guía les encaminó por la calle de la Reina. Había bastante gente. Los hombres tenían hermoso tipo, aspecto elegante. Vestían pantalón bombacho y chaqueta de piel de cabra sujeta a la cintura. Las mujeres eran muy hermosas, de subido color, ojos negros y profundos y rostro expansivo. Su traje se componía de falda de vivos colores, talle corto, corsé escotado. Llevaban los brazos desnudos; algunas jóvenes iban graciosamente cubiertas con el «rebocillo», el que, a pesar de lo que tiene de monacal, no roba nada al encanto del rostro ni a la vivacidad de la mirada.

No había tiempo para entretenerse en cambiar cumplimientos y saludos, por más que sea muy dulce y agradable hablar con las jóvenes mallorquinas. Apresurando el paso, los turistas pasaron por la muralla del Palacio Real, vecina a la catedral, y que, vista desde cierta parte, desde la bahía, por ejemplo, parece confundirse con ella.

Es un vasto edificio con torres cuadradas, precedido de un pórtico, que tiene un ángulo de la época goda, por más que en su híbrida construcción muestre la mezcla del estilo romano y del morisco.

A algunos centenares de pasos, el grupo de los excursionistas llegó a una gran plaza de irregular di-

bujo, y en la que desembocan varias calles que conducen al interior de la ciudad.

-¿Qué plaza es ésta?- preguntó Marcel Lornans.

-La plaza de Isabel II- respondió el guía.

-¿Y esa ancha calle que tiene casas de tan hermosa apariencia?

-El paseo del Borne.

Era una calle de pintoresco aspecto, con casas de fachadas diversas, con ventanas llenas de verde, espaciosos balcones y miradores de vidrios coloreados, colocados junto a las murallas, y algunos árboles diseminados por todas partes. El paseo del Borne conduce a la plaza oblonga de la Constitución, en la que se alza el edificio de la Hacienda pública.

-¿Subimos por el paseo del Borne?- preguntó Clovis Dardentor.

-Bajaremos por él a la vuelta- respondió el guía.- Es preferible ir a la catedral, que está cerca.

-¡Vaya por la catedral!- respondió Dardentor-, y no me disgustaría subir a una de sus torres, a fin de ver desde allí el conjunto de la ciudad.

-Mejor sería- dijo el guía- ir a visitar el castillo de Bellver, fuera de la ciudad, desde el cual se dominan los alrededores.

-¿Tendremos tiempo?- observó Marcel Lornans.- El *Argelés* parte a las ocho.

Juan Taconnat acababa de vislumbrar una esperanza. ¿Acaso una excursión por el campo ofrecería la ocasión que buscaba en vano en las calles de la ciudad?

-Tendrán ustedes tiempo, señores- respondió el guía.- El castillo de Bellver no está lejos, y ningún viajero se perdonaría abandonar a Palma sin verle.

-¿Y de qué modo iremos?

-Tomando un coche en la puerta de Jesús.

-Pues bien; a la catedral- dijo Marcel Lornans.- Volvió el guía a mano derecha, entró por una estrecha calle, la calle de la Seo, se dirigió hacia la plaza del mismo nombre, en la que se eleva la catedral, dominando con su fachada occidental la muralla por encima de la calle del Mirador.

El guía condujo primero a los turistas ante la portada de la Mar. Esta portada es de la admirable época de la arquitectura ojival, en la que la disposición resplandeciente de las ventanas y de los florones deja presentir la próxima fantasía del Renacimiento. Algunas estatuas pueblan sus urnas laterales, y su tímpano reproduce, entre las guirnaldas de

piedra, escenas bíblicas finamente dibujadas, de inocente y sencilla composición.

Cuando se encuentra uno ante la puerta de un edificio, lo primero que se ocurre es que se penetra en el edificio por aquella puerta.

Clovis Dardentor se disponía, pues, a empujarla, cuando el guía le detuvo.

-Esa puerta está tapiada.

-¿Y por qué razón?

-Porque el viento de la mar entraba con tal violencia, que los fieles podían creerse ya en el valle de Josafat, bajo los golpes de la tempestad del juicio final.

Frase que el guía repetía invariablemente a todos los extranjeros, de la que estaba muy orgulloso, y que agradó a Patricio.

Rodeando el monumento, terminado en 1601, se puede admirar el exterior, sus dos flechas muy adornadas y sus múltiples pináculos. Esta catedral, en suma, rivaliza con las más renombradas de la Península ibérica.

Entraron por la puerta mayor, colocada en la fachada principal. Como todas las de España, esta iglesia es muy sombría. Ni una silla en la nave ni en los lados. Aquí y allá algunos bancos de madera.

Nada más que las frías losas sobre las que los fieles se arrodillan, lo que da un carácter particular a las ceremonias religiosas.

Clovis Dardentor y los dos jóvenes subieron la nave entre su doble hilera de pilares, cuyas aristas prismáticas van a unirse a la caída de la bóveda.

Así llegaron hasta el extremo. Detuviéronse ante la capilla real para admirar un retablo magnífico; penetraron en el coro, colocado en mitad del edificio. Les hubiere faltado el tiempo preciso para examinar detalladamente el rico tesoro de la catedral, sus maravillas artísticas, sus sagradas reliquias, veneradas con gran fe en Mallorca, particularmente el esqueleto del rey D. Jaime de Aragón, encerrado desde tres siglos en un sarcófago de mármol negro.

Tal vez durante aquella corta visita no tuvieron tiempo de rezar una oración.

En todo caso es seguro que, de rezar Juan Taconnat por Clovis Dardentor, no hubiera sido sino a condición de salvarle en este mundo, esperando otro.

-¿Dónde vamos ahora?- preguntó Marcel Lornans.

-Al Ayuntamiento- respondió el guía.

-¿Por qué calle?

-Por la calle del Palacio.

Desanduvo el grupo lo andado subiendo por la calle dicha, de unos trescientos metros de longitud, o sea mil seiscientos palmos, para contar a la mallorquina. La calle lleva a una plaza menos espaciosa que la de Isabel II, y de no menos irregular dibujo. Nótese que en las Baleares no se encuentran ciudades tiradas a cordel como en América.

¿Valía la pena visitar el Ayuntamiento, o, por otro nombre, la Casa Consistorial? Seguramente, y ningún extranjero se va de Palma sin admirar este monumento de soberbia fachada, con dos puertas abiertas entre dos ventanas, que dan acceso (las puertas) al interior, donde está la tribuna. El primer piso consta de siete ventanas; caen sobre un balcón que ocupa todo el largo del edificio; el segundo piso está protegido por un tejado de chalet y, sus florones, que soportan cariátides de piedra. En una palabra, la Casa Consistorial es considerada como una obra maestra del Renacimiento italiano.

Allí está el salón adornado de pinturas que representan las notabilidades locales, sin hablar de un notable San Sebastián de Van Dyck; allí los maceros de rostro seco y larga hopalanda se pasean con aire grave y paso medido. Allí se toman las decisiones

proclamadas en la ciudad por los soberbios tamborileros del Ayuntamiento, vestidos con trajes tradicionales, bordados de pasamanerías rojas, pues el oro está reservado a su jefe, el tamborilero mayor.

Clovis Dardentor hubiera sacrificado algunos duros por poder admirar en todo su esplendor a este personaje, del que hablaba el guía con vanidad realmente propia de las Baleares; pero dicho personaje no estaba visible.

Ya había transcurrido una hora de las seis que la escala había de durar, y era conveniente apresurarse si se quería visitar el castillo de Bellver. Así, pues, por un laberinto de calles y callejas, donde el mismo Dédalo hubiera perdido el hilo de Ariadna, el guía subió de la plaza de Cort a la del Mercado, y ciento cincuenta metros más allá los turistas desembocaron en la plaza del Teatro.

Clovis Dardentor pudo hacer entonces algunas compras, entre ellas una pareja de mayólicas a buen precio. Patricio recibió la orden de conducir aquellos objetos a bordo del paquebote, cuidando de ponerlos en buen lugar, en el camarote de su amo, y volvió a bajar hacia el puerto.

Más allá del teatro, los viajeros tomaron por una ancha calle, el paseo de la Rambla, cuya longitud es

de tres mil metros, y que va a unirse con la plaza de Jesús. El paseo está bordeado de iglesias y de conventos, entre otros el de los religiosos de la Magdalena, frente al cuartel de Infantería.

En el fondo de la plaza de Jesús está la puerta del mismo nombre, abierta en la muralla, sobre la cual se tienden los hilos telegráficos.

Por todas partes vense casas coloreadas por los vanos de los balcones o por las verdes persianas de las ventanas. A la izquierda, algunos árboles alegran aquel lucido rincón de plaza llena del sol del Mediodía.

Al través de la gran puerta aparecía la verde planicie, atravesada por un camino que baja hacia el Terreno y conduce al castillo de Bellver.

VII

**EN EL QUE CLOVIS DARDENTOR
VUELVE DEL CASTILLO DE BELLVER
MÁS DEPRISA DE LO QUE HA IDO.**

Eran las cuatro y media. Quedaba, pues, tiempo bastante para prolongar la excursión hasta aquel castillo, cuya buena situación había alabado el guía, para visitar su interior, para subir a su alta torre, y tomar una vista del litoral que rodea la bahía de Palma.

En menos de cuarenta minutos, un carruaje con buenos caballos puede hacer el trayecto. Esto no es más que cuestión de duros, y será fácil resolverla a gusto de los excursionistas, a los que el capitán Bugarach no esperará si se retrasan. Clovis Dardentor sabe algo de esto.

Precisamente, en la puerta de Jesús había una media docena de galeras que no deseaban más que lanzarse al camino al galope de sus mulas. Tal es la costumbre de estos carruajes de construcción ligera, que ruedan bien y que en terreno llano como en pendientes, no conocen más marcha que el galope.

Llamó el guía a uno de los cocheros, cuya galera agradó a Dardentor. Con frecuencia él iba en coche por las calles de Perpignan, y a tener que desempeñar el oficio de cochero, no necesitaría de aprendizaje. Pero no era aquella ocasión para lucir sus talentos de *sportman*, y dejó al cochero el cuidado de conducirles.

El trayecto, pues, se efectuaría sin peligro, y Juan Taconnat vería huir sus esperanzas de «adopción traumática», como decía Marcel Lornans.

-¿De modo que esta galera les basta?- preguntó el guía.

-Sí- respondió Marcel Lornans-, y si el señor Dardentor quiere subir...

-Al momento, amigos míos... Usted primero, señor Marcel.

-No, usted...

-De ningún modo...

Deseando poner fin a aquel cambio de cumplimientos, Marcel Lornans se decidió.

-¿Y usted, señor Taconnat?- dijo Dardentor.-
¿Pero qué tiene usted? ¿Qué aire de preocupación?
¿Dónde está su buen humor habitual?

-¡Yo, señor Dardentor!... No tengo nada; se lo aseguro...

-¿Cree usted que puede ocurrirnos algún accidente en este coche?

-¡Un accidente, señor Dardentor!- respondió Juan Taconnat encogiéndose de hombros.- ¿Por qué ha de ocurrirnos? ¡Yo no creo en accidentes!

-Ni yo tampoco, y les aseguro a ustedes que nuestra galera no naufragará en el camino.

-Además- añadió Juan Taconnat,- si naufragase convendría que lo hiciese en un río, en un lago, en un estanque... en una cubeta. O no entraría en cuenta.

- ¿Cómo?- exclamó Dardentor lleno de asombro.

-Quiero decir- añadió el otro- que el texto del Código está bien claro. Es preciso... En fin, yo me entiendo.

Marcel Lornans reía al oír las confusas explicaciones de su primo, que buscaba una paternidad adoptiva.

-¡No entraría en cuenta! ¡No entraría en cuenta!- repitió Clovis Dardentor. Verdaderamente, no he oído nunca cosa semejante. Vamos... Andando...

Juan Taconnat tomó asiento junto a su primo. El señor Dardentor se sentó delante, al lado del cochero, y el guía, invitado a ir con ellos, se colocó en el estribo.

Franqueada la puerta de Jesús, los turistas distinguieron el castillo de Bellver sobre su verde colina.

No, era campo raso lo que la galera tenía que atravesar; debía seguir primero el Terreno, especie de arrabal de la capital de las Baleares, que con razón está considerado como estación balnearia en las cercanías de Palma, y cuyas quintas elegantes y lindas alquerías se extienden bajo la fresca sombra de los árboles, más particularmente de viejas higueras.

Este conjunto de casas blancas se halla colocado sobre una eminencia, cuya base rocosa está bordeada por las espumas de la resaca. Después de dejar atrás aquel gracioso Terreno, Clovis Dardentor y los dos parisienses pudieron, al volverse, abrazar con la mirada la ciudad de Palma, su bahía azulada hasta el límite de la alta mar y los caprichosos dibujos de su litoral.

La galera caminó entonces por una calle ascendente, perdida bajo la profundidad de un bosque de pinos de Alep que rodea la ciudad y tapiza la colina coronada por los muros del castillo de Bellver.

Pero conforme se subía, el aspecto del sitio era más alegre... Las casas se esparcen bajo palmeras, naranjos, granados, higueras y olivos.

Clovis Dardentor, siempre expansivo, no economizaba sus frases de admiración, por más que estuviere acostumbrado a paisajes semejantes en el Mediodía de Francia. Verdad que, en lo que concierne a los olivos, nunca los había visto más gibosos, más llenos de nudosidades ni más gigantescos. Después, aquellas cabañas de paja de los campesinos, rodeadas de campos de legumbres, esparciéndose fuera de los chaparros de mirtos y de citisos, llenas de profusión de flores, entre otras esas «lágrimas» de nombre poético y triste... ¡Cómo regocijan los ojos con sus tejados con aleros cubiertos de racimos de rojos pimientos!

Hasta entonces, el viaje se había efectuado con toda comodidad. La galera no marchaba con ayuda de remos por el pérvido elemento. En aquel campo no era de temer ninguna agresión de bárbaros piratas. Había aquella navegado felizmente por un ca-

mino menos caprichoso que la mar, y eran las cinco cuando llegó a buen puerto, o sea ante el puente del castillo de Bellver.

El castillo fue construido en aquel sitio para defender la bahía y la ciudad de Palma. Con sus fosos profundos, sus espesas murallas de piedra, la torre que le domina ofrece el aspecto militar común a las fortalezas de la Edad Media.

Cuatro torres flanquean su muralla circular, dentro de la cual se ven dos pisos de un doble estilo romano y gótico. Fuera de la muralla se yergue la torre del Homenaje, de feudal aspecto.

A la plataforma de ésta es donde iban a subir los tres turistas a fin de tomar una vista general del campo y de la ciudad, vista más completa que la que pudieran haber tomado desde una de las torres de la catedral.

La galera quedó ante el puente de piedra echado sobre el foso, y el cochero recibió la orden de aguardar a los excursionistas que, acompañados del guía, penetraron en el castillo.

La visita no podía ser larga. En realidad, más que de escudriñar los rincones de la antigua fortaleza, tratábase de pasear, una mirada por el lejano horizonte.

Así es que, después de lanzar una ojeada a los cuartos bajos al nivel del patio, Clovis Dardentor dijo:

-Y bien; ¿subimos a lo alto, amigos míos?

-Cuando usted quiera- respondió Marcel Lornans-; pero no nos retrasemos. ¡Fuera bueno que el señor Dardentor, después de haber faltado una vez a la partida del *Argelés!*...

-¿Faltara otra?- interrumpió Dardentor.- Esto sería más imperdonable, porque en Palma no encontraría una chalupa de vapor que me llevara a bordo del paquebote. ¡Y qué sería de ese pobre Desirandelle!

Dirigiéronse, pues, hacia la torre del Homenaje, que se eleva fuera de la muralla, y que dos puentes unen al castillo.

La torre, redonda y maciza, de un tono cálido de piedra cocida, tiene por base el fondo de un foso. En su parte SO. vese una puerta rojiza a la altura de aquel. Encima se abre una ventana con arco de bóveda, dominada por dos estrechas troneras, y después la repisa, que soporta el parapeto de la plataforma superior.

Siguiendo al guía, Clovis Dardentor y sus compañeros subieron por una escalera de caracol labra-

da en el interior del muro y débilmente iluminada por las troneras.

Después de una penosa ascensión, llegaron a la plataforma.

A decir verdad, no podía acusarse al guía de haber exagerado. Desde aquel punto la vista era magnífica. Al pie del castillo, la colina verde con su manto negro de pinos de Alepo. Más allá el encantador barrio de Terreno. Más abajo la azulada bahía, tachonada de puntitos blancos semejantes a pájaros de mar, y que son las velas de los barcos. Más lejos, y en forma de anfiteatro, la ciudad, su catedral, sus palacios, sus iglesias, resplandeciente conjunto bañado en aquella atmósfera luminosa, que el sol hiere con sus dorados rayos al declinar hacia el horizonte. En fin, a lo largo resplandece la mar inmensa, y aquí y allá navíos desplegando sus blancas velas, los *steamer*, que barren el cielo con su larga cola fuliginosa. Nada de Menorca al E., nada de Ibiza al SO.; pero al Sur el abrupto islote de Cabrera, donde tantos soldados franceses perecieron miserablemente durante las guerras del primer Imperio.

Desde la torre del castillo de Bellver, la parte occidental de la isla da una idea de lo que es Mallorca, la única del archipiélago que posee verdaderas sie-

rras plantadas de encinas y de lotos, sobre las que sobresalen agujas porfiríticas, dioríticas o calcáreas. La llanura está sembrada de tumescencias que llevan el nombre de «puys», lo mismo en las Baleares que en Francia, y no se encontrará una que no esté coronada por un castillo, por una iglesia o una ermita en ruinas. Añádase que por todas partes culebream tumultuosos torrentes, que al decir del guía pasan de doscientos en la isla.

- ¡Doscientas ocasiones para que el señor Dardentor pudiera caer al agua! pensó Juan Taconnat-, ¡pero seguramente no caerá!

Lo que se veía de más moderno era el camino de hierro de la parte central de Mallorca. Va desde Palma a Alcudia, por los distritos de Santa María y de Binisalem, y se trata de extenderle al través de los valles de la montaña, que yergue su pico a más de mil metros de altura.

Siguiendo su costumbre, Clovis Dardentor se entusiasmaba al contemplar aquel maravilloso espectáculo. Marcel Lornans y Juan Taconnat participaban de su justificada admiración. Realmente era una lástima que la visita al castillo de Bellver no pudiera prolongarse, que no fuera posible volver, y que la escala del *Argelés* fuera tan breve.

-¡Sí!- dijo Clovis Dardentor.- Sería preciso permanecer aquí semanas, meses.

-¡Ah!- respondió el guía, que sabía muchas anécdotas; es precisamente lo que pasó a un compatriota de ustedes.

-¿Cómo se llamaba?- preguntó Marcel Lornans.

-Francisco Arago.

-Arago... Arago...- exclamó Clovis Dardentor; una de las glorias de Francia.

Efectivamente, el ilustre astrónomo fue en 1808 a las Baleares con el objeto de completar la medida de un arco del Meridiano entre Dunkerque y Formentera. Sospechoso a la población mallorquina, amenazado de muerte, fue encerrado en el castillo de Bellver durante dos meses, y no se sabe lo que su prisión hubiera durado a no conseguir escapar por una de las ventanas del castillo, y fletar después un barco que le condujo a Argel.

-Arago- repetía Clovis Dardentor.- ¡Arago, el célebre hijo de Estagel, el glorioso hijo de mis Pirineos Orientales!

Entretanto apremiaba el tiempo, y era preciso abandonar la plataforma, desde la que se dominaba aquel país incomparable como desde la barquilla de un aerostato. Clovis Dardentor no acertaba a sepa-

rarse de allí. Iba y venía de un lado a otro, inclinándose sobre el parapeto de la torre.

-¡Cuidado!- le gritó Juan Taconnat, sujetándole por la chaqueta.

-¿Cuidado?

-Sin duda..., por poco se cae usted... ¿A qué causarnos este susto?

Susto muy legítimo, pues si el digno hombre hubiese dado la vuelta por encima del parapeto, Juan Taconnat no hubiera podido más que asistir, sin poder darle socorro, a la caída de su padre adoptante en las profundidades del foso.

En suma; lo más lamentable era la falta de tiempo, que no permitía organizar la completa exploración de la admirable Mallorca.

No es bastante haber recorrido los diversos barrios de Palma, su capital; es preciso visitar las demás ciudades... ¿y cuáles más dignas de atraer a los turistas que Soller, Inca, Manacor, Valldemosa? ¡Y las grutas naturales de Artá y Drach, consideradas como las más bellas del mundo, con sus lagos legendarios, sus capillas de estalactitas, sus baños de aguas límpidas y frescas, su teatro, su infierno, denominaciones fantásticas si se quiere, pero que me-

recen las maravillas de aquellas inmensidades subterráneas!

¡Y que diremos de Miramar, el incomparable dominio del archiduque Luis Salvador; de los bosques milenarios, cuyos árboles ha respetado este príncipe sabio y artista; y de su castillo, edificado sobre un alto que domina el litoral; y de hospedería, cuyos gastos paga S.A., abierta a todos los que pasan, que les ofrece lecho y comida durante dos días gratuitamente, y hasta, los que en ello tienen empeño, procuran inútilmente agradecer por una gratificación a las gentes del Archiduque la acogida!

¿Y no es digna también de ser visitada la Cartuja de Valldemosa, desierta ahora, silenciosa, abandonada, y en la que Jorge Sand y Chopin han pasado una temporada, lo que nos ha valido bellísimas obras del gran artista, y del gran novelista la relación de *Un invierno en Mallorca* y la extraña novela *Spiridión?*

Esto es lo que con su inagotable verbosidad decía el guía, empleando frases estereotipadas desde mucho tiempo en su cerebro de cicerone. No hay, pues, que extrañarse que Clovis Dardentor manifestase el pesar que le causaba abandonar aquel oasis mediterráneo, prometiendo volver a las Baleares

en compañía de sus dos jóvenes amigos, por poco lugar que ellos tuvieran para ello.

-Y no podemos dilatar nuestra partida- añadió Marcel Lornans-. Tenemos aun que recorrer un b rrio de Palma antes de ir a bordo.

suspirando.

i-

balanceaba sobre el horizonte y doraba con sus oblicuos rayos las blancas quintas de Terreno.

a-

franquearon el puente, entraron en el patio y salieron por la poterna.

La galera esperaba en el sitio que la dejaron. El cochero ganduleaba al borde del foso. Llamado por el guía, reunióse a los turistas con paso tranquilo e igual; el paso de los mortales privilegiados que por nada se apresuran en ese país dichoso, en el que la existencia no exige nunca apresuramiento.

El señor Dardentor montó el primero en el vehículo, antes que el cochero tomara asiento en el pescante.

Pero en el momento que Marcel Lornans y Juan Taconnat ponían el pie en el estribo, la galera se conmovió bruscamente, y los dos jóvenes se vieron en la precisión de retroceder rápidamente para evitar el choque del eje.

Lanzóse el cochero a la cabeza del tronco para sujetarle. ¡Imposible! Las mulas se encabritan y derriban al hombre, que por un milagro no es aplastado por las ruedas del coche, que arranca como una flecha.

Gritos simultáneos del cochero y del guía. Ambos se precipitan por el camino de Bellver, que la galera cruza a gran galope, con riesgo de hundirse en los precipicios laterales o de reventarse contra los árboles del sombrío bosque.

-¡Señor Dardentor! ¡Señor Dardentor!- exclamaba Marcel Lornans con toda la fuerza de sus pulmones- ¡Se va a matar! ¡Corramos, Juan, corramos!

-Sí- respondió Juan Taconnat-; y sobre todo, si esta ocasión debe de ser contada...

Fuese como fuese, en esta ocasión era preciso sujetar los caballos; es decir, las mulas. Pero, mulas o caballos, iban con tal rapidez que dejaban poca esperanza de detenerlos.

El cochero, el guía, los dos jóvenes y algunos campesinos que se les reunieron, se lanzaron tras el coche corriendo lo más que podían.

Entretanto, Clovis Dardentor, al que su sangre fría no abandonaba nunca, había cogido las riendas con vigorosa mano, y procuraba sujetar al tronco.

Era lo mismo que querer detener un proyectil en el momento en que escapa de la escopeta, y lo mismo para los que pasaban y lo procuraron.

El camino fue descendido locamente, y atravesado el torrente en la misma forma. Clovis Dardentor, siempre en posesión de sí mismo, habiendo conseguido mantener la galera en línea recta, pensaba que aquello acabaría ante la muralla, que el vehículo no franquearía por ninguna de sus puertas. No pensó en dejar las riendas y arrojar del coche, por saber que en esto hay gran exposición y que vale más permanecer en el coche, aunque éste haya de volcar o estrellarse contra algún obstáculo.

¡Y aquellas malditas mulas sin cesar en su velocidad, con un arranque como no se había visto nunca en Mallorca ni en ninguna de las islas del Archipiélago!

Después de pasar por Terreno, la galera siguió la muralla por su parte exterior, haciendo ziszás terri-

bles, saltando como una cabra, pasando ante las puertas de la muralla y llegando a la puerta Pintada, en el ángulo NE. de la ciudad.

Preciso es admitir que las mulas conocían particularmente esta puerta, pues la franquearon sin vacilar, y se puede tener por cierto que no obedecían ni a la mano ni a la voz de Clovis Dardentor. Ellas dirigían la galera a triple galope, sin cuidarse de los transeúntes que huían, arrojándose a las puertas y dispersándose por las calles vecinas. Las maliciosas bestias parecían decirse a la oreja: «Iremos así mientras nos plazca, y a menos que no naufrague... ¡bogue la galera!»

Y por el dédalo de aquel rincón de la ciudad, un verdadero laberinto, el alocado tronco se lanzó con ardor terrible.

Desde el interior de las casas y tiendas la gente gritaba. Cabezas asustadas aparecían en las ventanas. El barrio se agitaba como en otra época, algunos siglos antes, cuando escuchaba el grito de, «¡Los moros, los moros!» No se explica cómo no se produjo ningún accidente en las calles estrechas y tortuosas que terminan en la de los Capuchinos.

Clovis Dardentor procuraba hacer algo. A fin de moderar aquel galope insensato tiraba de las riendas

a riesgo de romperlas o de dislocarse los brazos. En realidad, las riendas eran las que tiraban de él, amenazando sacarle del coche en condiciones difíciles.

-¡Ah! ¡Qué galope del infierno!- se decía.- No veo razón para que se detengan mientras tengan sus cuatro patas cada una. Y esto..., baja...

Bajaban, en efecto, y bajarían hasta el puerto, donde la galera tal vez se daría un chapuzón en las aguas de la bahía; lo que seguramente calmaría el ardor del tronco.

Tomó primero a la derecha, luego a la izquierda, desembocó en la plaza de Olivar, a la que dio la vuelta como los antiguos carros romanos en la pista del Coliseo aunque ahora no había ni enemigos a quien vencer, ni premio que ganar. En vano, en dicha plaza, tres o cuatro agentes de policía se arrojaron sobre las mulas, queriendo prevenir una catástrofe imposible de evitar. Su heroísmo fue inútil. El uno fue derribado y se levantó herido; los otros tuvieron que dejar escapar su presa. La galera siguió su vertiginosa carrera, como sometida a las leyes de la caída de los cuerpos.

Era de presumir que aquello terminara de desastrosa manera cuando entraron en la calle de Olivar, pues en la mitad de ésta, muy pendiente, hay una es-

calera de unos quince escalones, y ya se comprende que tal sitio no es muy propio para carruajes.

Entonces redoblaron los clamores, a los que se unieron los ladridos de los perros. Bah!... ¡Por violentos que éstos fuesen las mulas no se inquietaban por algunos escalones!... Y he allí a la carroza bajando por la escalera a riesgo de romperse en mil pedazos.

Pero no se rompió. Resistieron la caja y los ejes, y las manos de Clovis Dardentor no abandonaron las riendas durante aquel descenso extraordinario.

Tras la galera se amontonaba una multitud cada vez más numerosa, de la que Marcel Lornans, Juan Taconnat, el cicerone y el cochero no formaban parte todavía.

Después de la plaza del Olivar, la calle de San Miguel, a la que sucedió la plaza de Abastos, donde una de las mulas, después de caer, se levantó sana y salva; después la calle de la Platería, después la plaza de Santa Eulalia.

-Es evidente- se dijo Clovis Dardentor- que la galera irá así hasta que le falte el terreno, y si no es en la bahía de Palma, no veo donde puede suceder esto.

En la plaza de Santa Eulalia se elevaba la iglesia destinada a esta santa mártir, que es para los de las Baleares objeto de particular veneración. No mucho tiempo antes la dicha iglesia servía como lugar de asilo, y los malhechores que conseguían refugiarse en ella escapaban a las garras de la policía.

Esta vez no fue a un malhechor al que su buena suerte arrastró allí, sino a Clovis Dardentor, fijo en la banqueta del vehículo.

¡Sí! En aquel momento la magnífica puerta de Santa Eulalia estaba abierta de par en par. Los fieles llenaban la iglesia. Se celebraban los oficios de salud, que tocaban a su fin, y el oficiante, vuelto hacia la piadosa reunión, levantaba las manos para bendecirla.

¡Qué tumulto, qué agitación, que gritos de espanto cuando la galera botó y rebotó sobre las losas de la nave! Pero, también ¡qué prodigioso efecto cuando el tronco cayó al fin ante las gradas del altar, en el instante en que el sacerdote decía:

Et Spiritui Sancto!

- ¡Amén!- respondió una voz sonora.

Era la voz de Clovis Dardentor, que acababa de recibir una bendición bien ganada.

Que vieran un milagro en este inesperado desenlace, no es de extrañar en un país tan profundamente religioso, y no sería asombroso que todos los años, el día 28 de Abril, se celebrase en la iglesia de Santa Eulalia la fiesta de *Santa Galera di Salute*.

Una hora después Marcel Lornans y Juan Taconnat se habían reunido con Clovis Dardentor en una fonda de la calle de Miramar, donde el último fue a descansar de tantas fatigas y emociones si se puede hablar de emociones tratándose de un carácter tan bien templado.

-¡Señor Dardentor!- exclamó Juan Taconnat.

-¡Ah, amigos míos!...- respondió el héroe del día.- ¡Buena carrera!

-¿Está usted sano y salvo?- preguntó Marcel Lornans.

-¡Completamente! ¡Y hasta me parece que nunca me he encontrado tan bien!... ¡A su salud, señores!

Y los dos jóvenes tuvieron que vaciar algunos vasos del excelente vino de Binisalem, cuya fama se extiende más allá del archipiélago de las Baleares.

Cuando Juan Taconnat pudo hablar aparte con su primo, le dijo:

-¡Una ocasión perdida!

-No, Juan, no...

-Sí, Marcel, pues no me harás creer que si yo hubiese salvado al señor Dardentor deteniendo su galera, aunque no le hubiese librado de las olas, ni de las llamas, ni en un combate...

- ¡Brava tesis para defenderla ante un tribunal civil!- se contentó con responder Marcel Lornans.

En fin, a las ocho de la noche todos los pasajeros del *Argelés* estaban a bordo. Esta vez no se retrasó ninguno, ni los señores Desirandelle, padre e hijo, ni el señor Eustache Oriental.

En lo que se refiere al astrónomo, ¿había pasado el tiempo en observar el sol en el horizonte de las Baleares? Nadie lo hubiera podido decir.

Llevaba diversos paquetes encerrando productos comestibles propios de estas islas, «ensaimadas», especie de pasteles de hojaldre, en los que la mantequilla está reemplazada por la grasa; y muy sabrosa, y una media docena de «tourds», pescado muy buscado por los pescadores del cabo Formentor, y que el jefe del comedor recibió el encargo de hacer preparar con particular cuidado para el astrónomo.

Realmente, el presidente de la Sociedad Astronómica de Montelimar se servía más de la boca que de los ojos, por lo menos desde que salió de Francia.

A las ocho y media largó sus amarras el *Argelés* y abandonó el puerto de Palma, sin que el capitán Bugarach hubiese concedido a sus pasajeros la noche completa en la ciudad mallorquina, razón por la que Clovis Dardentor no oyó la voz de los serenos, ni los cantos nocturnos, ni las habaneras y jotas nacionales, acompañadas de los melodiosos sonidos de la guitarra, que suenan hasta el amanecer en los patios de las casas de las Baleares.

VIII

**EN EL QUE LA FAMILIA DESIRANDELLE
SE REÚNE A LA FAMILIA ELISSANE.**

- Hoy retrasaremos la hora de comer hasta las ocho- dijo la señora de Elissane,- Vendrán el señor Desirandelle con su señora y su hijo, y probablemente el señor Dardentor.

-Bien, señora- respondió la doncella.

-Nuestros amigos tendrán necesidad de reposo, Manuela, y temo que la pobre señora de Desirandelle haya sufrido mucho en tan penosa travesía. Cuida de que su habitación esté dispuesta, pues es posible que prefiera acostarse en seguida de llegar.

-Comprendido, señora.

-¿Dónde está mi hija?

-En la cocina, señora, preparando un plato de postre.

Manuela, al servicio de la señora de Elissane desde su instalación, era una de esas españolas entre las que se recluta principalmente el personal doméstico de las familias de Orán.

La señora de Elissane habitaba una casa bastante linda en la calle del Castillo Viejo, donde las casas han conservado una fisonomía mitad española, mitad morisca. Un jardincito mostraba sus dos canastillas de volúbilis; su césped, aun verde en principio de la estación cálida, y algunos árboles, entre otros, el buena sombra de buen augurio, y de los que el paseo del Estanque posee tan hermosos ejemplares.

La casa, compuesta de dos pisos, era suficiente para que la familia Desirandelle encontrase en ella cómoda hospitalidad. Nada les faltaría durante su estancia en Orán.

Esta capital de la provincia es una hermosa ciudad. Está agradablemente situada entre los taludes de una quebrada, por cuyo fondo el Rehhi pasea sus aguas vivas que cubre en parte el malecón del bulevar Oudinot. Cortada por las fortificaciones del Castillo Nuevo, aparece como todas las ciudades, antigua por un lado, nueva por otro. La antigua, la

vieja ciudad española con su Kasbah, sus casas altas, su puerto situado al Oeste, ha conservado antiguas fortificaciones. La nueva, al Este, con casas judías y moriscas, está defendida por una muralla que se extiende desde el castillo hasta el fuerte de San Andrés.

Esta ciudad, la Gouharan de los árabes que construyeron en el siglo X los moros de Andalucía, está dominada por una alta montaña, cuyo lado abrupto ocupa el fuerte La Moune. Cinco veces mayor que en la época de su fundación, su superficie es de unas setenta y dos hectáreas, y varias calles, fuera de los muros, se prolongan en una distancia de dos kilómetros hasta la mar. Continuando su paseo más allá de los fuertes, en dirección Norte y Este, un turista llegaría a los anexos de creación reciente, como los arrabales de Gambetta y de Noiseux- Eckmülh.

Difícilmente se encontraría una ciudad argelina donde la diversidad de tipos fuera objeto de más interesante estudio. Entre sus cuarenta y siete mil habitantes, hay diez y siete mil franceses y judíos naturalizados, diez y ocho mil extranjeros, la mayor parte españoles, o italianos, ingleses y anglo- malteses. Añadid unos cuatro mil árabes aglomerados en el Sur de la ciudad, en el barrio de los Djalis, llama-

do también el pueblo negro, de donde salen los barrereros de la calle y los mozos de cuerda del puerto; dividid esa mezcla de razas en veintisiete mil fieles a la religión católica, siete mil adeptos a la israelita, un millar de creyentes de la religión musulmana, y tendréis desde este punto de vista la clasificación casi exacta de la híbrida población de Orán.

El clima es generalmente duro, seco, abrasador. El viento levanta turbiones de polvo. En lo que a la ciudad se refiere, el riego cotidiano, en manos de la municipalidad, debía ser más regular y más abundante que lo que es en manos del amo celeste.

Tal es la ciudad a la que el señor Elissane se había retirado después de haber sido comerciante en Perpignan durante quince años con bastante fortuna, pues adquirió unas doce mil libras de renta, las que no habían disminuido nada bajo la prudente administración de su viuda.

La señora de Elissane, de cuarenta y cuatro años de edad, no debió de haber sido nunca tan bonita como su hija, ni tan graciosa, ni tan encantadora. Mujer positivista hasta el extremo, pesaba sus palabras como su azúcar, y presentaba el conocido tipo de la administradora femenina, cifrando los senti-

mientos y llevando en vida, como llevaba, sus libros, con su *debe y haber*, como una cuenta corriente, con el perpetuo cuidado de que resultara saldo a su favor. Conocidos son esos rostros de curvas duras, frontal prominente, aguda mirada y boca severa; conjunto que en el sexo débil indica costumbre de concentración y de terquedad. La señora de Elissane había organizado su casa correctísimamente, sin gastos inútiles. Hacía economías, que colocaba en sitios seguros y fructuosos. Sin embargo, no reparaba en nada cuando se trataba de su hija, por la que sentía afecto sincero y profundo. Vestida casi de manera monacal, quería que Luisa fuese elegante, y nada descuidaba para conseguirlo. En el fondo, sus deseos tendían a la dicha de su hija, y no dudaba que esta dicha se asegurase, gracias a la proyectada unión con la familia Desirandelle. Las doce mil pesetas de renta que en su día tendría Agatocles, unidas a la fortuna que Luisa heredaría de su madre, es una base que gran número de personas encuentra lo bastante sólida para fundar sobre ella un tranquilo porvenir.

Luisa apenas se acordaba de cómo era Agatocles. Su madre la había educado en la idea de que algún día sería esposa del joven; esto le parecía natural, a

condición de que su futuro la agradase... Y ¿porqué no había de tener lo que hace falta para agradar?

Después de dar sus últimas órdenes, la señora de Elissane pasó a la sala, donde su hija se reunió a ella.

-¿Tu postre está presto, hija mía?- preguntó la primera.

-Sí, madre.

-Es un fastidio que el paquebote llegue algo tarde, casi al caer la noche. Estate vestida para las seis. Ponte el vestido de cuadros y bajaremos al puerto, donde tal vez se habrá señalado al *Agatoclès*.

La señora de Elissane, equivocando el nombre, añadió un acento grave a la *è* que no debía tenerle.

-El *Argelés* querrás decir- respondió Luisa riendo.- Además, mi prometido no se llama Agatoclés, sino Agatocles.

-Bien... Bien- respondió la madre.

-*Argelés*... Agatocles... Esto no importa.

Puedes estar segura que él no equivocará tu nombre.

-¿Es seguro?- dijo la joven algo burlescamente.- El señor Agatocles no me conoce... y a mí, confieso que me pasa lo mismo.

-¡Oh!... Os dejaremos todo el tiempo necesario para que os conozcáis antes de decidir nada...

-¡Es muy justo!

-Además, tengo la certeza de que tú le gustarás, y hay motivos para pensar que él sabrá agradarte... ¡La señora Desirandelle le elogia tanto!... Y entonces fijaremos las condiciones del matrimonio.

-¿Y la cuenta quedará liquidada?

-Sí... En provecho tuyo, burlona.

¡Ah! No olvidemos que su amigo, el señor Clovis Dardentor, acompaña a los Desirandelle... Ya sabes quién. Ese rico de Perpignan, del que ellos están tan orgullosos, y que, a creerles, es el mejor hombre del mundo. Como los señores Desirandelle no tienen costumbre de viajar, ha querido dirigirles hasta Orán... Eso está muy bien de su parte, y le haremos buena acogida, Luisa.

-Todo lo buena que se merece, y hasta si tiene la idea de pedir mi mano... Pero no me olvido de que yo debo ser, que seré la señora de Agatocles... ¡Bonito nombre, aunque, propio de la antigüedad griega!...

-Vamos, Luisa... ¡Ten formalidad!

Formal lo era, y de humor alegre y encantador. Y esto no lo decimos porque siempre haya de ser así tratándose de la heroína de una novela.

No: ella lo era en realidad, en el florecimiento de sus veinte años; su naturaleza franca, su fisonomía viva y movable, sus ojos brillantes y azules, su cabellera rubia y abundante, su gracioso paso, suave como la seda, para emplear un epíteto que Pedro Loti antes de ser académico- no tuvo reparo en aplicar al vuelo de la golondrina.

Estos ligeros rasgos bastan para pintar a Luisa Elissane, y el lector verá que presentaba gran contraste con el fardo que, unido a otros del *Argelés*, se le expedía desde Cette.

Llegada la hora, y después que la dueña de la casa dio el último vistazo a las habitaciones destinadas a la familia Desirandelle, la señora de Elissane llamó a su hija, y ambas se dirigieron al puerto, deteniéndose en el jardín en forma de anfiteatro que domina la rada. Desde tal sitio, la vista se extiende hasta plena mar. El cielo estaba magnífico; el horizonte, de una pureza perfecta. Ya el sol declinaba hacia la punta de Mers- el- Kebir, ese *Portus divinus* de los antiguos, en el que los acorazados y cruceros pueden encon-

trar excelente abrigo contra las frecuentes borrascas del Oeste.

Hacia el Norte se destacaban algunas velas blancas, Lejanos penachos de humo indicaban la presencia de los *steamers* de las numerosas líneas del Mediterráneo que anclan en la tierra africana. Dos o tres de estos paquebotes iban sin duda con destino a Orán, y el uno de ellos se encontraba ya a distancia de tres millas. ¿Era el *Argelés* con tanta impaciencia esperado, ya que no por la hija, por la madre?

Porque, en fin, el caso era que Luisa no conocía a aquel joven que a cada vuelta de la hélice se acercaba a ella... y tal vez lo mejor hubiera sido que el *Argelés* diera contravapor... y volviera atrás.

-Van a dar las seis y media- dijo la señora de Elissane.- Bajemos.

-Te sigo, madre- respondió Luisa.

Y madre e hija descendieron por la larga calle que desemboca en el muelle hacia el dique en que los paquebotes anclan.

La señora de Elissane preguntó a uno de los oficiales del puerto si el *Argelés* había sido señalado.

-Sí, señora- respondió el oficial-, y entrará dentro de media hora.

La señora de Elissane y Luisa rodearon el puerto, cuyas alturas por la parte Norte ocultaban ahora la vista del mar. Veinte minutos después oyéronse prolongados silbidos. El paquebote doblaba la mole del extremo del muelle, de un kilómetro de extensión, que termina al pie del fuerte de La Moune, y después de algunas evoluciones fue a colocarse en su sitio, en la parte atrás del muelle.

Establecida la comunicación, la señora de Elissane y su hija subieron a bordo. Los brazos de la primera se abrieron para estrechar a la señora de Desirandelle, repuesta desde su entrada en el puerto, y después al señor Desirandelle y Agatocles, mientras Luisa se mantenía en una reserva que las jóvenes solteras comprenderán.

-Y bien... ¿y yo, querida y excelente señora? ¿Es que no nos hemos visto en otra época en Perpignan? Yo me acuerdo perfectamente de la señora de Elissane, y también de la señorita Luisa... algo más crecida ahora...; así..., ¿no habrá un beso, ni hasta dos, para este buen hombre de Dardentor?

Si Patricio había esperado que en la primera entrevista su amo demostrara la reserva de un hombre de mundo, ¡qué cruel decepción experimentaría ante aquella familiar entrada en escena! Retiróse, pues,

severo, pero justo, en el momento en que los labios de Clovis Dardentor sonaban sobre las secas mejillas de la señora Elissane como un palillo sobre la piel de un tambor.

Claro es que Luisa no había evitado el abrazo del matrimonio Desirandelle.

Sin embargo, y por francote que fuera el señor Dardentor, no llegó a gratificar a la joven con besos paternales, que ella sin duda hubiera recibido graciosamente.

Respecto al joven Agatocles, después de avanzar hacia Luisa, la había honrado con un saludo mecánico, en que sólo tomó parte su cabeza, gracias al juego de los músculos del cuello, y después había retrocedido sin pronunciar una palabra.

La joven no pudo contener una mueca bastante desdeñosa, que Clovis Dardentor no notó, pero que no escapó ni a Marcel Lornans ni a Juan Taconnat.

-¡Ah!- dijo el primero,- no esperaba ver tan linda persona.

-Muy linda, en efecto- añadió el segundo.

-¿Y se casará con ese bobo?- dijo Marcel Lornans.

-¡Ella!...- exclamó Juan Taconnat.- Dios me perdone, pero para impedirlo me gustaría faltar al juramento que me he hecho de no casarme.

¡Sí! Juan Taconnat había hecho este juramento. Así lo decía al menos.

Después de todo, a su edad tal juramento vale lo que tantos otros que no se cumplen. Además, Marcel Lornans no había jurado nada semejante.

¿Qué importaba? Ambos habían ido a Orán con la intención de alistarse en el 7.º de cazadores África, y no para casarse con la señorita Luisa Elissane.

Digamos, para no volver sobre ello, que la travesía del *Argelés* entre Palma y Orán se había efectuado en buenas condiciones. Una mar de aceite, para emplear la frase vulgar, capaz de hacer pensar que todos los aceites de la Provenza estaban en su superficie; una brisa NE. que cogía al paquebote por babor, y había permitido que tuviera el apoyo de su trinquete, sus foques y su mesana.

De forma que desde la partida de Palma, la casi totalidad de los viajeros habíase sentado a la mesa, y la compañía marítima hubiera hecho mal en quejarse de este inusitado número de comensales.

Por lo que toca al señor Oriental, no hay que decir que los «tourds» condimentados a la moda na-

politana le habían parecido deliciosos, y que se había regalado con ensaimadas con la sensualidad de un aficionado profesional.

Se comprenderá, pues, que todo el mundo llegase con buena salud a Orán, incluso la señora de Desirandelle, que tanto había sufrido hasta el archipiélago de las Baleares.

Aunque hubiese recobrado su aplomo físico y moral durante esta segunda parte del viaje, el señor Desirandelle no había trabado amistad con los dos parisienses. Estos jóvenes le producían indiferencia. Les consideraba muy inferiores a su hijo Agatocles, no obstante su talento, que le parecía de mal gusto. Dardentor era libre de encontrar agradable su trato, distraída su conversación. En su opinión, esto terminaría al anclar el *Argelés*.

Se comprende que el señor Desirandelle no pensó en presentar a los dos primos, ni a la señora de Elissane ni a su hija. Pero Clovis Dardentor, con su franqueza y la costumbre de seguir su primer impulso, no dudó en hacerlo.

-El señor Marcel Lornans, y el señor Juan Taconnat; de París- dijo.- Dos jóvenes por los que siento vivísima simpatía, que ellos me pagan. Tengo

la esperanza de que nuestra amistad durará más que ésta corta travesía.

¡Qué contraste había en nuestro héroe! He ahí sentimientos expresados en forma correcta. Era de lamentar que Patricio no estuviera allí para verle. Los dos jóvenes se inclinaron ante la señora de Elissane, que les devolvió un saludo discreto.

-Señora- dijo Marcel Lornans-, nos llena de alegría la atención del señor Dardentor. Le hemos podido apreciar en lo que vale. Creemos también en la duración de una amistad...

-Paternal de su parte y filial de la nuestra- añadió Juan Taconnat.

La señora de Desirandelle, disgustada por aquellos cumplimientos, miraba a su hijo, el que no había aún desplegado sus labios. La señora de Elissane, que hubiera podido manifestar a los dos parisienses el placer con que los recibiría durante su estancia en Orán, no lo hizo, lo que *in petto* le agradeció la madre de Agatocles. Con su instinto maternal, las dos señoras pensaban que lo mejor, respecto a los dos extranjeros, era guardar una prudente reserva.

La señora de Elissane dijo al señor Dardentor que en su mesa estaba un cubierto preparado para él, y que sería un placer para ella que la acompañara

a comer desde aquel primer día con la familia Desirandelle.

-El tiempo preciso para ir al hotel dijo Dardentor-, arreglarme un poco, cambiar mi blusa y gorra de marino por traje más propio, e iré a comer con ustedes, querida señora.

Convenido esto, Clovis Dardentor, Juan Taconnat y Marcel Lornans se despidieron del capitán Bugarach y del doctor Bruno. Si volvían a embarcar en el *Argelés*, sería para ellos una satisfacción encontrar allí al amable doctor y al atento capitán. Respondieron éstos que pocas veces habían encontrado pasajeros más agradables, y separáronse muy satisfechos unos de otros.

El señor Oriental había ya puesto el pie en el suelo africano, con su antejo, encerrado en un estuche de cuero, a la espalda, su saco de viaje en la mano, y seguía a un mozo que le llevaba una pesada maleta. Como siempre, se había mantenido alejado de los pasajeros; nadie se molestó en saludarle a su partida.

Clovis Dardentor y los parisienses desembarcaron, dejando a la familia Desirandelle ocupada en el transporte de su equipaje a la calle del Castillo Viejo. Después, subiendo en el mismo ca-

rruaje, cargado con sus maletas, se dirigieron hacia un excelente hotel de la plaza de la República, que el doctor Bruno les había recomendado. Se puso a disposición de Dardentor una sala en el primer piso, una alcoba y un gabinete para Patricio. Marcel Lornans y Juan Taconnat ocuparon dos cuartos en el piso segundo, con ventanas a la plaza.

Se encontraron con que el señor Oriental había igualmente escogido aquel hotel. Cuando sus compañeros de viaje llegaron le vieron instalado en el comedor, pensando en el *menu* de la comida que iba a hacerse servir.

-¡Singular astrónomo!- dijo Juan Taconnat.- Lo que me asombra es que no pida para su comida una tortilla a las estrellas o un pato a los planetas menores.

Media, hora después Clovis Dardentor abandonaba su cuarto, con un tocado cuyos menores detalles habían sido vigilados por Patricio.

Cuando a la puerta se encontró con los dos primos, les dijo:

-Y bien, mis jóvenes amigos... Ya estamos en Orán.

-Ya estamos- respondió Juan Taconnat.

-Espero- que no pensarán ustedes en alistarse desde hoy al 7.º de cazadores.

-Señor Dardentor, no tardaremos mucho- respondió Marcel Lornans.

-¿Están ustedes, pues, dispuestos a ponerse la chaqueta azul, el pantalón rojo y el casquete de ordenanza?

-Cuando se ha decidido una cosa.

-¡Bien, bien! Esperen ustedes al menos a que hayamos visitado juntos la ciudad y sus alrededores... Hasta mañana.

-Hasta mañana- dijo Juan Taconnat.

Y Clovis Dardentor se hizo conducir por el camino más corto a casa de la señora de Elissane.

-¡Sí!... como dice ese simpático hombre. ¡Ya estamos en Orán!- repitió Marcel Lornans.

-Y lo que importa cuando se llega a un sitio, es saber lo que se va a hacer- añadió Juan Taconnat.

-Creo que esa cuestión está resuelta desde hace tiempo. Firmar nuestro alistamiento.

-Sin duda, Marcel, pero...

-¿Cómo? ¿Acaso piensas aún en el artículo 345 del Código civil?

-¿Qué artículo?

-El que trata de los requisitos de la adopción.

-Si trata de ella el artículo 345, en él pienso. La ocasión que no se ha presentado en Palma, puede presentarse en Orán.

-Con una probabilidad menos- dijo Marcel riendo.- No tienes olas a tu disposición, y quedas reducido a los combates o a las llamas, mi pobre Juan. Pero...si esta noche hubiera fuego en la fonda, te advierto que procuraría salvarte primero, y salvarme en seguida.

-Así se porta un amigo verdadero, Marcel.

-Respecto al señor Dardentor, me parece hombre capaz de salvarse por sí solo. Posee una sangre fría de primera... Algo de eso sabemos.

-Conformes, Marcel, y lo ha probado cuando ha entrado en Santa Eulalia a recibir la bendición. Sin embargo, si no sospechase el peligro, si fuera sorprendido por un incendio..., si no pudiera ser socorrido...

-¿De modo que no abandonas, tu idea de que Dardentor pueda llegar a ser nuestro padre adoptante?

-¡Perfectamente... nuestro padre adoptante!

-¿No renuncias a ello?

-¡Jamás!

-Entonces no te dirigiré más burlas en lo que a ese punto se refiere; pero con una condición.

-¿Cuál?

-Que vas a dejar tu aspecto sombrío y preocupado, y a recobrar tu buen humor de siempre, tomando a risa lo que sucede.

-Convenido, Marcel: a risa si consigo salvar al señor Dardentor de alguno de los peligros previstos por el Código; a risa en caso contrario; a risa si obtengo buen éxito como si no lo obtengo..., riendo siempre y de todo.

-¡Gracias a Dios que recobras tu buen humor! Respecto a nuestro alistamiento...

-No corre prisa, Marcel, y antes de que nos presentemos en el despacho del subintendente pido una prórroga.

-¿Cuál?

-Quince días, ¡qué diablo! Cuando va uno a esclavizarse por toda la vida, bien se pueden pedir quince días de libertad.

-Concedida la quincena; y si hasta entonces no te has procurado un padre en la persona del señor Dardentor...

-Yo ó tú, Marcel.

-O yo...; bueno, iremos a cubrirnos con el casquete de forma de bellota.

-Convenido.

-¿Pero estarás alegre, Juan?

-¡Alegre como una gaita!